

## EL DIALOGO EXISTENCIAL DE MARTIN BUBER

*(Conferencia pronunciada por el Dr. Jaime Ospina Ortiz en la Sinagoga de Juanambú, Cali, 15 de mayo de 1965).*

Bien a pesar mío tengo que iniciar esta conversación hablando sobre mí y no sobre Martín Buber, como si ignorara el elemental precepto de que quien se dirige al público debe preocuparse por la captación de la benevolencia. “*Ego foetet*”, el yo huele mal, decían los romanos, y Pascal añadía: “el yo es odioso”. Se referían al “yoyismo” en el que yo voy a incurrir y no al “yo” sublimado por el análisis filosófico, del que hablaremos en el curso de esta exposición.

Me induce a cometer este error la necesidad en que estoy de dar una explicación de por qué elegí como tópico “El diálogo existencial de Buber”, habiendo podido escoger otro cualquiera, cuando tuvieron la gentileza de invitarme a dialogar con este culto y nobilísimo auditorio sobre la Filosofía de Martín Buber.

Estudiaba en la Universidad Judía de Nueva York, The New School for social Research, cuando me designaron para representar a los estudiantes latino-americanos en un Seminario organizado por los cuáqueros. Yo no había pensado jamás ser presentante y menos ante los cuáqueros, pero fui allí por la curiosidad que me despertó el tema anunciado: Programación de la Universidad Internacional.

Soy un ejemplo que contradice el aforismo de que la curiosidad es exclusiva del sexo bello, expresado por Shakaspeare en aquella exclamación antropomórfica de Hamlet: “curiosidad, curiosidad, tu tienes nombre de mujer”, y belleza de mujer, pudiéramos añadir, aunque los hombres también somos curiosos y hasta cuando se impedía estudiar a las mujeres, fuimos mucho más curiosos que ellas. Pero la curiosidad masculina pierde su belleza la que gana en peligrosidad porque la curiosidad por las mujeres y la curiosidad por las ciencias hacen del varón un geniecillo peligroso. Pero como la historia avanza por los peligros, la curiosidad masculina es la causante de la multiplicación de la especie y del avance de la Universidad del Valle. La curiosidad es hija de la admiración; —ya el filósofo griego decía que solo lo que nos causa admiración nos introduce al pórtico de la sabiduría. Esto vaya para consolación de las señoras que, con su afortunada curiosidad, muy pronto llegarán a saber mucho más que los varones.

De la noche a la mañana, me encontré en un ambiente que jamás soñara: A Harrow Hill, risueño rincón de Long Island, habíamos concurrido estudiantes de 35 diferentes nacionalidades. Comunistas, pro-comunistas, anticomunistas, católicos, pro-católicos, anti-católicos, judíos, pro-semitas, anti-semitas. Aquello no era Babel, porque todos éramos capaces de maltratar el inglés. Pero es fácil comprender el revuelto ideológico que se acuñó en aquella ocasión, al reunir en un internado juventudes brillantes y aguerridas de Europa, Asia, América, Africa, unos juntos a otros rusos fanáticos y fanáticos occidentales.

La primera de aquellas seis semanas fue una continua escaramuza. Discutimos con rigor académico de 8 a 12 y de 3 a 6. En las horas de comidas y en los ratos libres reñimos con pasión y acaloramiento. Cada cual se aferraba a su pequeño “yo” y por defenderlo a veces lo irritaba.

A medida que las distancias autobiográficas se iban acercando, fuimos cambiando el monólogo por el diálogo, el “yo” por el “tu” y el “nosotros”. En una apacible tarde de verano amenizada con música y danzas, los muros de nuestro “yo” se derrumbaron y todos resultamos amigos, porque todos nos pusimos de acuerdo, y comprendimos que la verdad es un acuerdo y que el diálogo es el camino hacia la verdad. Los que hablaban sobre las diferencias entre Oriente y Occidente, entre Rusia y América, nos empezaron a producir la impresión de que nunca se habían encontrado con un hombre desnudo, porque ellos mismos no habían tenido el valor de desnudarse para ver toda la vergüenza de su hipocresía. Nosotros al despojarnos de nuestros mitos y aderezos, encontramos que éramos iguales.



Insigne moderador de aquel certamen fue el profesor Amiya Chakravarty, indú extraordinario, que actuó en su juventud como asociado de Gandhi, de quien posee un ascético trasunto, y como secretario de Tagore, en su gira por el occidente. Actualmente es profesor de Filosofía indú en la Universidad de Harvard. La endeblez del cuerpo magro relleva la fortaleza de su ánimo robusto.

El tono inicialmente modesto de su conversación se va encendiendo a medida que el tema lo posee, y el momento del clímax emocional llega por pasos tranquilos. Entonces le fluyen cataratas de elocuencia, sin que pierda nunca la apacibilidad del ánimo meditativo y profundo. La india de Kajuraho —ciudad sagrada de los brahmanes— se revela en él con plenitud de fuerza interior. Nunca en un hombre grande he visto cosa diferente a la sinceridad y a la convicción. Tampoco he visto a un hombre fuerte que no fuera sencillo.

Me asignaron el tema “Necesidad del diálogo en el mundo contemporáneo” y acudí al profesor Chakravarty en busca de consejo bibliográfico. “Consulte a Martín Buber”, me dijo, “que es un maestro en la filosofía dialogal”. Fue en aquel ambiente de ideologías encontradas y en ocasión del más significativo de los diálogos que haya presenciado, donde se verificó mi encuentro con Martín Buber, que ha dialogado con este mundo contemporáneo, en el que de ordinario no se oyen sino monólogos, carentes de entrega, de pasión y de hombría.

Posee Buber el encanto singular de sumergirlo a uno en las profundidades de lo cotidiano, de lo que por habitual se escapa a nuestra mirada reflexiva.

La existencia espontánea —esta existencia nuestra común y corriente— es el tema central de sus meditaciones, no para quedarse buscando en ella naderías, sino para hallar motivaciones capaces de sacarla de la trivialidad hacia las espontáneas regiones superiores que son sus regiones, en las que Buber habita, donde su barba se ha tornado más blanca, su testa más fina, sus ojos más místicos y todo su porte más profético.

Buber es un filósofo existencial. Desde muy joven se habituó a meditar en la existencia contemplada desde regiones superiores, con lo que estableció una diferencia radical entre su existencialismo y el de Sartre.

Aquel tiene hacia la mística con la fuerza original de un gran espíritu; éste tiende hacia la materia sin fuerza y sin vigor, porque aunque Sartre posee una mente poderosa, al desviarla le restó vigor y originalidad.

Se ha hecho énfasis en la asistemización del existencialismo... y es verdad. Cada existencialista reflexiona sobre la existencia, pero desde su

propio ángulo y es imposible que dos ángulos existenciales coincidan. Cada uno lleva dentro de sí su propio mundo, su complejo sistema de intencionalismo, diferentes de las de otro cualquiera ser humano.

Esto tiene de sincero y espontáneo el existencialismo, que sea cual fuere su tipo —el ateo y materialista de Sartre o el teológico y trascendental de Buber— refleja los modos de pensamiento de cada pensador, y ora se debate en el mundo de la angustia y de la nada u ora también en el de la agitada búsqueda de lo absoluto-concreto, que no produce angustia sino consumidora pasión por la verdad.

Fue Soren Kierkegaard, alma congojosa, quien marcó a Buber con el sello candente del existencialismo trascendental. Aquel genial danés solitario, que se debatió tan duramente por realizar sus creencias en su propia vida frustrada para el mundo, y se enfrentó a Dios, como antaño luchara Jacob con él, en relación concreta, única y personal, puso en el alma de Buber fuego de pensamiento y de acción, de intensidad espiritual y de autenticidad, de amor a la verdad y desprecio a la hipocresía, de desdén por la injusticia y por la falta de religiosidad revestida de justicia, que fueron definitivos para la dirección de su pensamiento y empujaron en la misma dirección su actividad y su vida.

“Quéjense otros —decía Kierkegaard— de que los tiempos son malos; yo me quejo de que son mezquinos, por faltarles pasión. Los pensamientos de los hombres son quebradizos como agujas, y ellos, los hombres mismos, tan insignificantes como costureras. Los pensamientos de sus corazones son demasiado miserables para ser pecaminosos... sus placeres son discretos y pesados; sus pasiones soñolientas...! fuera con ellos! He aquí porque se vuelve siempre mi alma al Antiguo Testamento y a Shakespeare. Allí se siente que son hombres los que hablan; allí se odia; allí se ama; allí se mata al enemigo, se maldice a sus descendientes por generaciones; allí se peca”.

Esta malhumorada sinceridad combativa de Kierkegaard abrió profunda huella en el alma leal de Buber y la empujó vigorosamente por la senda iniciada. Ya antes del arribo a Kierkegaard, la vida de Martín Buber se había enrutado hacia la mística. A su juventud “sin Judaísmo, sin humanidad y sin la presencia de lo divino” —para citar su propia confesión— le había llegado una primera hora de retorno a la casa paterna. Su ímpetu inicial hacia el judaísmo lo recibió del movimiento Zionista; pero éste fue solo un primer paso, porque Buber no encontró en este movimiento político, de restauración nacional, mezquino por faltarle pasión, lo que su alma sedienta buscaba. El segundo paso hacia el judaísmo lo

dio cuando contaba 26 años, al hojear un librito de Baal Shem Tov, el fundador del *Jasidismo*. Se describía allí el fervor del diario renovarse interiormente del hombre piadoso, y lo que Buber comenzó realmente a leer no fueron las páginas de Baal Shem Tov, llenos de experiencias místicas sino la descripción de su propia alma jasídica, y la esencia del judaísmo, que es el diálogo existencial con Dios.

Buber encontró en el jasidismo simientes de creatividad, propósitos de soledad interior, empeños de realización de la verdad en la propia vida, la fusión del espíritu y de las fundamentales energías de la existencia. Encontró más: el esfuerzo por realizar el reino de Dios en una comunidad justa, que traduce el amor de Dios en amor entre los hombres.

Buber dedicó más de quince años a la reconstrucción de las sagas jasídeas y a la interpretación de las enseñanzas del jasidismo. Aquellas cortas y desconocidas joyas literarias embellecidas y popularizadas por sus escritos no solo produjeron un movimiento místico ampliamente conocido en Europa Occidental, sino que hicieron exclamar a Herman Hesse, al proponer a Buber para el premio Nobel de Literatura en 1949; “El ha enriquecido la literatura universal con un genuino tesoro literario, como no lo ha logrado otro autor contemporáneo, con los *cuentos del jasidismo*”. A lo largo de sus experiencias jasídicas, fue madurando en su mente una filosofía nueva y tan original que el mundo entero asocia el nombre de Buber al diálogo existencial.

El diálogo tiene para Buber plenitud de contenido y de significación como que encierra el conjunto de relaciones posibles del hombre consigo mismo, con los demás hombres y con la divinidad. Pero no con el mundo, porque las más de las veces que intentamos dialogar con el cosmos, comenzamos y terminamos dialogando con nosotros mismos. El íntimo ser del cosmos ama ocultarse, decía Heráclito.

Qué es lo que, por lo general, conocemos del mundo, sino nuestras propias leyendas y teorías, nuestras hipótesis y nuestros presupuestos? El método empírico que usamos para dialogar con él, es demasiado imperfecto para recibir sus respuestas. Nuestra observación no puede ofrecernos la realidad cósmica, ni siquiera ayudada por los instrumentos con que hemos aguzado nuestros falibles sentidos, llámeseles telescopio, microscopio, ciclotrón o cohetes atómicos. Jamás llegarán estos instrumentos a la precisión que el ser exige para ser conocido. Lo imaginario y adivinativo jugará siempre un papel importante en nuestro conocimiento del mundo. Nuestro concepto de la realidad tendrá siempre muchos componentes irreales.

Nos hemos construido un mundo para nuestro uso, que no es el mundo y hemos encontrado fragmentos de las leyes cósmicas que no son las leyes del cosmos. La gravitación de Newton fue suplantada por la relatividad de Einstein, y ésta puede llegar a ser explicada por la ley del campo unificado que persiguió pacientemente el mismo Einstein. El mundo verdadero es un “ello” indefinido e impersonal, con el que no podemos dialogar sino en un sentido muy restringido. Nuestra razón está plena de irrazón.

El diálogo entendido como una interrelación se sitúa en la región humana; a él dedica Buber penetrantes análisis, comenzando por el diálogo del uno singular consigo mismo. El hombre debe empezar a hablar consigo mismo, debe descubrir en sí las formas de la estructura del conocimiento, si posteriormente desea dialogar con el mundo y descubrir las estructuras de los otros seres. Sólo a través de su propio conocimiento podrá conocer los demás seres, como lo demuestra con profundidad Martín Heidegger.

El libro de Buber “*La Cuestión del uno singular*” es una amplia exégesis de la categoría Kierkegaardiana del “uno singular”, y una defensa de la misma en contra del “uno único” de Max Stirner, inspirado en el pueril superhombre de Nietzsche.

“Dios es la verdad porque El es”, dice Buber, “el uno singular es la verdad porque realiza su existencia”. Realizar la propia existencia es realizarse como uno singular, como autenticidad sin réplica. Realizar la propia existencia es conocerse a sí mismo.

“Cada uno, absolutamente cada hombre”... “puede y debe”... “legar a ser el uno singular”. Alcanzar este ideal de realización solitaria, en la que el yo trabaja consigo mismo “es un arte” cuya práctica puede costarle al artista la vida temporal. Pero es posible este arte si se descubre la esencia de la singularidad que es “la obediencia”, esta actitud sumisa que le está prohibida al “uno único” de Stirner, “la vieja, desusada, indigna pero inviolable obediencia al Señor”. Al introducir el concepto de obediencia como integrante íntimo del “yo”, Buber nos sitúa frente a nuestra condición de seres dependientes de Dios. Esto es lo primero que debemos conocer dentro de nosotros mismos: nuestra insuficiencia, nuestra limitación, nuestra inferioridad respecto de Dios. Y aquí la gran diferencia con Sartre, quien afirma que el hombre no podrá realizarse hasta que no decida ser ateo. Para Buber en cambio la decisión de ser religioso es el origen de toda realización singular.

A la pregunta de si se puede llegar a este uno singular, Buber responde con Kierkegaard: “no puedo asegurar de mí mismo que yo sea este uno.

Pero lucho por serlo... y recordaré cada instante que ser el uno singular en su más alto sentido supera la capacidad humana”, porque es una propiedad del ser divino. En este “más alto sentido” hay una clara referencia a la mística cristiana, “convinciente para los no cristianos”, dice Buber. Es un modo de la paradoja de ser y no ser, de ser perfecto pero no llegar a ser nunca la suprema perfección, de ser auténtico sin poder alcanzar jamás la plena autenticidad, de ser “uno singular” pero sin poder realizar la unidad singular. En esta concepción enraiza la humildad del místico, que consiste en enfrentarse cada instante con la divinidad para preguntarle qué es y qué quiere. Sólo donde hay un hombre, un “uno singular” existe el trabajo por lo eterno, por lo decisivo. Ni Kierkegaard, ni Buber aceptan dogmatismos, porque los consideran pereza y quietismo del espíritu. El dogmático no dialoga, porque le tiene horror a enfrentarse con lo que no sean estereotipos, con lo que le exija un poco de pasión, de alma y de inteligencia. La ley judaica es para Buber una simple manifestación de dogmatismo y por eso la rechaza con energía. El dogmático convierte la imagen de Dios en el fósil de una alma sin vida. La actitud dogmática es lo más opuesto a la actitud espiritual. Para llegar a ser el uno singular, —y todos los hombres pueden llegar a serlo— hay que dejarse ayudar por Dios. “Este es el camino de la realización del uno singular”. Pero este no es todo el camino.

El “llegar a ser el uno singular” no es tampoco el “conócete a tí mismo” de Sócrates, porque sus fines son distintos. Sócrates se proponía una existencia recta, independiente y justa; Buber busca introducir al hombre en una relación exclusiva, que anula todas las otras; “más precisamente, en la relación que en virtud de su esencialidad expulsa las demás al reino de lo inesencial”.

Es que esencialmente el hombre solo puede hablar consigo mismo y con Dios; con los demás hombre solo habla de puertas afuera, nunca de esencia a esencia, es decir, nunca con la plenitud de la existencia, con la plenitud del yo.

Solo dos seres conocen los secretos interiores del hombre, penetran en los reinos de su valoración, y pueden saber qué es lo que el hombre sabe, puede y es. Estos dos seres son el yo íntimo de ese hombre y Dios... Dialogar consigo y con Dios, he ahí los caminos del uno singular. Dialogar consigo para dialogar con Dios...

Todavía no tenemos todo el camino. La plenitud del camino dialogal con Dios está en el amor, en el “ama a Dios con toda tu alma, y al prójimo como a tí mismo”. Kierkegaard no comprendió la esencia del diálogo divino, como tampoco la han comprendido muchos teólogos. Kierkegaard

renunció a Regina Olsen y creyó que había que renunciar a todas las criaturas para amar a Dios... “Enseñar una relación acósmica con Dios es no conocer al Creador”, dice Buber en sentencia bíblica.

La relación esencial con Dios no está “en ver las cosas separadas de Dios ni tampoco absorbidas en él”. Por eso la relación esencial con Dios no la logra ni el maniqueísta, para quien toda creatura es mala, ni el panteísta, para quien toda creatura es divina. El hombre establece la relación esencial con Dios cuando “ve todas las cosas en Dios” y cuando las ama a todas en él. “Solo cuando todas las relaciones son reducidas a una relación” dice Buber, “colocamos la órbita de nuestra vida alrededor del sol de nuestro ser”.

La mística de todas las épocas y de todos los pueblos guarda relaciones estrechísimas. Estas reflexiones de Buber lo llevan a uno insensiblemente a aquella preciosa estancia de San Juan de la Cruz en que el místico pregunta: y las criaturas responden.

Oh, bosques y espesuras  
plantados por la mano del amado!  
Oh, prado de verduras,  
de flores esmaltado,  
decid si por vosotros ha pasado!  
mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó con su hermosura.

Todo salió de Dios y todo busca volver a él, según aquella asombrosa concepción de Plotino. El ser que salió de Dios padece dolor hasta volver a él. La misión del hombre es reintegrar toda la creación en Dios, por medio del amor.

El diálogo universal del amor que iniciara aquel otro Judío neoplatónico del siglo XV, Yehuda Abrabanel, apodado León Hebreo, en su obra “Diálogos de Amor”, produce en el alma plenitud, porque todo lo comprende y todo lo eleva. A Kierkegaard el diálogo con Dios le producía angustia y melancolía, porque era parcial y ficticio, porque excluía todos los contactos con el mundo, que son parte integral de nuestra vida diaria e integrantes del dialogar con Dios. El diálogo existencial, que es un diálogo de amor, no excluye, no puede excluir la espontaneidad de la existencia. Por el contrario, toma esta existencia como es y la levanta a aquellas re-

giones superiores donde la barba de Buber se ha tornado más blanca, sus ojos más místicos y todo su porte más profético.

Para conocer el pensamiento de Buber sobre el diálogo existencial entre los hombres, tenemos, de una parte, sus dos obras: Yo-Tu y Diálogo, y de otra parte, su vida entera, dedicada a dialogar con la humanidad y con su pueblo.

El “yo” del hombre comienza el día en que pronuncia el “tu” que introduce al hombre en una relación directa y recíproca con los hombres, permitiéndole, por contraste, conocerse a sí mismo. Esta sutil paradoja de Buber se hace comprensible con un ejemplo: estamos habituados a saludar dando la mano. No pensamos qué significa esta acción hasta el día en que comprendemos que hay otra manera de saludo, por ejemplo: sacando la lengua. Entonces nos preguntamos cuál es el origen y cual la significación de nuestro saludo que apellidamos cordial precisamente cuando no es más que un torturante apretón de manos. Con este ejemplo podemos comprender que el “yo” comienza cuando pronuncia el “tu”.

El genuino diálogo humano se establece a veces en silencio, a veces por la mediación de la palabra. En silencio, cuando los participantes en el diálogo “tienen en mente al otro en su ser presente y particular, y a él se dirigen con la intención de establecer una viviente relación mutua”. Buber no se está refiriendo a la comunicación muda de los enamorados, en quienes el lenguaje silencioso del amor es más elocuente que el discurso, ni tampoco a la comunicación de pantomina que es una forma de lenguaje. Se refiere al elemento esencial del diálogo que es “hacer presente al otro” y “experimentar su punto de vista”. Para esto es necesario una cosa no más: considerar al otro como diferente de uno mismo y al propio tiempo como a alguien con quien queremos entrar en relación. Este diálogo silencioso basta para fundamentar el respeto y la responsabilidad moral, que surge del interés por el otro considerado en sí mismo como uno singular, como autenticidad, como un no ser parte de lo nuestro, de nuestro interés. En este diálogo silencioso echan también sus raíces la amistad y el amor, que requieren, para existir, cierta distancia, la de una doble realidad que se aproxima, y en la que cada cual busca el bien de la otra pero respetando siempre la distancia, respetando el respeto.

Cuando consideramos al otro, no en su realidad, sino como formando parte de una categoría (raza, religión, riqueza, capacidad, posición social), lo reducimos a un nuevo objeto, a un “ello”. El prójimo deja de ser un “tu” respetable y se convierte en un “algo” que aceptamos si nos sirve o rechazamos si nos obstaculiza. Nos hacemos semejantes al vendedor

o al propagandista que trata de impresionar a los demás solo por su propio provecho.

La relación “yo-tu”, que es la única en que se produce el diálogo, es una relación de persona a persona, de valor a valor, de singularidad a singularidad. Cuando usamos a los otros como cosas que nos sirven para nuestros fines, al sirviente como sirviente, al chofer como chofer, al médico como médico, dejamos de ser realmente humanos y entramos al puro reino del instinto, al reino no humano, donde es lobo el que utiliza a los demás, y cosas los utilizados.

La comunicación por la mediación de la palabra se funda en la misma singular paradoja del hombre, que solo es persona auténtica y verdadero “yo”, cuando penetra al reino del “tu”, cuando establece relaciones genuinas con los demás hombres, cuando se socializa. Nadie podrá realizar sus potencialidades únicas, auténticas, propias, hasta que esas potencialidades no sean reconocidas y confirmadas por los otros como únicas, como auténticas, como propias. La ayuda a los demás está sometida a la misma paradoja: se ayuda al otro cuando se reconoce su uno singular, cuando se le confirma en él y se le anima a realizarlo. Para penetrar al reconocimiento del otro como “uno singular” es necesaria la palabra.

La palabra es un puente existencial entre dos biografías, cuando se la considera con el sentido implícito que le infunde el hábito de cada existencia y no cuando su significación está fosilizada por los diccionarios. La palabra fluye llena de la intencionalidad de la persona y solo así se la debe recibir por parte del interlocutor. No hay fenómeno comparable al de la palabra, porque es el único capaz de comprometer toda la conciencia del que habla y toda la conciencia de los que escuchan, en un idéntico compromiso intencional.

La relación “yo-tu” no existe solo entre los hombres, sino también, en cierta forma, entre el “yo”, “la naturaleza” y “el arte”. *En cierta forma*, porque la relación no es enteramente recíproca.

Lo importante en el establecimiento de esta relación es no caer en la actitud categorial. El paisaje y la pintura le hablan al “yo” un lenguaje concreto, singular. Son *este* paisaje y *esta* pintura los que hablan, no es la categoría “paisaje”, ni la categoría “impresionista” las que se dirigen al “yo”. Esas categorías no son más que presupuestos arbitrarios que hacen del ser real un ser irreal, un *no-ser*, un irracional.

Buber quiere oír las voces de la naturaleza y del arte, cuando llegan independizadas de estereotipos y de relaciones pre-establecidas.

Cuando el “yo” singular recibe los mensajes de la naturaleza y del arte como provenientes de un “tu”, y no como de un “ello” entonces surge espontánea y plena de contenido la relación dialogal.

Quienes sean capaces de despojarse de las opiniones y prejuicios ajenos, agucen su poder de observación y sensibilicen su “atención a la vida” podrán enfrentarse solos al mundo, y oirán voces que no oyen los que vegetan sumergidos en los presupuestos que no los dejan ver ni oír.

La plenitud del diálogo existencial se realiza donde hay plenitud de distancia, de reconocimiento de la singularidad de los dialogantes, de reciprocidad en las relaciones. La mayor contribución del judaísmo a la historia religiosa de la humanidad y lo que constituye la esencia de la religión mosaica, es el diálogo entre el hombre y Dios. Buber reconoce que en toda gran religiosidad... la realidad de la fe significa vivir en relación con el Ser “en el cual se cree”, esto es, en el Ser absoluto, incondicionalmente afirmado.

Dios “es la más abrumada de cargas de todas las palabras humanas. Ninguna ha sido tan envilecida, tan mutilada. Precisamente por esta razón no puedo abandonarla. Generaciones de hombres han depositado la carga de sus vidas angustiadas sobre esta palabra y la han abatido hasta dar con ella por tierra; yace ahora en el polvo y soporta todas esas cargas. Las razas humanas la han despedazado con sus facciones religiosas; han matado por ella y han muerto por ella y ostenta las huellas de sus dedos y su sangre. ¿Dónde podría encontrar una palabra como ésta para describir lo más elevado! Si escogiera el concepto más puro, más resplandeciente... solo podría capturar con él un producto del pensamiento... No podría captar la presencia de Aquel a Quien las generaciones de hombres han honrado y degradado con su pavoroso vivir y morir”. El diálogo divino le brota a Buber de la más honda entraña existencial, y a El se aferra como el náufrago a la tabla y quiere que todo hombre vaya a Dios.

A Dios acuden todos, unos para negarlo y otros para adorarlo. Nadie queda indiferente ante El, porque todos conocen que a El los liga la más estrecha de las relaciones, el más intenso de los diálogos.

Buber ha comprendido el diálogo existencial como la comunicación que va más allá de las palabras. En cuanto existencial, el diálogo se establece de existencia a existencia, de la concreta realidad del “yo” a la concretísima realidad del “Tu”, transfigura la palabra en acción y la acción íntima en palabras cordiales. Eliminado el divorcio entre la acción y la palabra, se anula la mentira, la fanfarronada y la hipocresía.

En el Poema del Mio Cid, Per Bermúdez increpaba a Fernando, yerno de don Rodrigo Díaz de Vivar e infante de Carrión, porque acostumbraba fantasear hazañas después de las situaciones en que su cobardía había sido más manifiesta:

“Lengua sin manos? como osas fallar? le decía. Cómo te atreves a hablar, tu que eres lengua sin obras?”

No podríamos arguirle a Buber ausencia de acción comunicativa en su abundosa comunicación verbal. Porque Buber, aunque ha buscado la soledad interior, no es un contemplativo solitario. Es un hombre que conluga el pensamiento y la acción, una lengua con manos, que concentra en la palabra todas las tensiones interiores y en la acción toda la intensidad de la palabra. Si la adversidad lo visita, su verbo se inflama y su acción se multiplica; si se lo persigue se entrega con mayor decisión.

Vienes de nacimiento y educación, de su maestro Dilthey aprendió la lección de que para estudiar al hombre y para comprender el acaecer histórico es preciso comprometerse con cada hombre y rehacer la historia en la carne del espíritu. Jorge Simmel le enseñó que no puede haber antropología sin comunicación existencial, ni socialismo verdadero, como lo dice Buber en *Caminos de Utopía*, sin amor. Gustavo Landauer le descubrió el mundo de la comunicación con Dios en la mística del maestro Eckhart. Pero, su gran escuela ha sido la vida entregada y fogócica.

Después de la primera guerra mundial, Franz Rosenzweig propuso el nombre de Martín Buber para desempeñar la cátedra de religión judía en la Universidad de Frankfurt. En ella, Buber consolidó la escuela de interpretación bíblica iniciada por el propio Rosenzweig y en asocio con él vertió al alemán las sagradas Escrituras. Su convicción comunicativa fue tan intensa que uno de sus discípulos cristianos escribía años más tarde: “Escuchar a Martín Buber significa avanzar, por fuera del tumulto sombrío de lo secular, hacia lo eterno e inclinarse delante de su y nuestro Dios, a quien él proclama con un énfasis que es raro en los pulpitos cristianos”.

Buber ha vivido en carne propia la historia del pueblo que más ha sufrido, y que más ha inquietado a la humanidad, desde los tiempos bíblicos; la historia de la minoría que ha abierto surcos más profundos donde ha asentado su planta tráfuga y perseguida; de quienes se han aparecido a lo largo de una procelosa y atrabiliaria existencia como sellados con los caracteres de la unidad más perfecta y de la más desconcertante ecumenidad; de los Judíos que son *uno* en todas partes, y en todas partes producen genios; de los judíos que rehacen la historia con los rotos fragmentos de su esperanza.

Desde Abraham hasta Einstein, desde David hasta León Blum, desde Salomón hasta Disraelí, desde Esther hasta Sara Bernhardt, las eminencias judías mojonan la historia política, económica, cultural, filosófica y social de ésta humanidad que avanza precisamente cuando más densos nubarrones le cierran el camino.

En su espíritu cálido Buber ha recibido la abrumadora tradición de este pueblo y ha querido legarla a la posteridad renovada con la pureza de la fuente bíblica y con la juventud perenne que le dio Abraham. Ningún otro filósofo judío de la larga serie histórica de los descendientes de Israel ha sido tan ortodoxo ni tan fiel a las tradiciones de su pueblo. Ni Avicebrón, ni Spinoza, ni Bergson, ni Marx, ni Husserl son comparables en ortodoxia bíblica con Buber. Le superan en poder creador y en sistematización del pensamiento, pero no en el retorno al diálogo divino, que constituye la herencia de la tradición judía.

Y Buber ha sufrido la historia pasada y presente del pueblo predestinado a magnas catástrofes, y a inexplicables regeneraciones, en el que los tiranos han calmado su sed de sangre y de odio, desde Nabucodonosor, pasando por Tito, hasta Hitler.

Pero la época histórica más trágica para el pueblo judío, desde la lejana diáspora del año 70, ha sido la de la persecución nazi, iniciada en 1933. Ni la expulsión de Inglaterra en 1290; ni la efectuada en Francia por Carlos VI en 1394; ni el ostracismo de España ordenado por Fernando e Isabel en el año en que se descubría el nuevo mundo; ni los crueles programas rusos de 1918; nada fue semejante, si se exceptúan los comienzos de la diáspora, cuando de un total de 2.500.000 judíos, perecieron 1.800.000 y el resto fue puesto en subasta en las ciudades del Imperio, según los relatos de Flavio Josefo, nada fue semejante al antisemitismo que nació en Alemania en 1880 y se consumó con sevicia inhumana durante el nazifacismo. Las autoridades Sionistas calcularon en seis millones el número de judíos ejecutados en las cámaras de gas y en los campos de concentración.

A lo largo de aquellos trágicos días, "Buber aconsejó, confortó y levantó a los espíritus", escribe Jacobo Minkin, testigo presencial del diálogo heroico de Buber con sus hermanos perseguidos y exterminados. En aquella época, sintió todo el dolor y toda la abrumadora agonía de Israel, y el sufrimiento moral le llenó la copa de incruento sacrificio.

La secreta herida profunda que le quedó en el alma, la descubrió en 1953, al aceptar el cuarto Premio de la Paz, en el que le habían antecedido Max Tau, Albert Schweitzer y Romano Guardini. "Con aquellos", di-

jo en esta ocasión, "que tomaron parte en la acción exterminadora, en cualquier forma, yo, uno de los supervivientes, tengo solo en sentido formal una comunidad humana", palabras idénticas a las que acaba de pronunciar la poetisa del dolor judío, Nelly Sachs, al aceptar el mismo premio. Con los genocidas tienen una comunidad humana en el sentido formal de unidad que tienen los poseídos del amor ante los lobos que los acosan y muerden; en el sentido formal de comunidad humana que existe entre el que predica paz y los que les responden guerra; en el sentido formal de la imposible fraternidad que se establece entre el que lucha por la vida y los que combaten por la muerte.

En 1938 la acción reanimadora de Buber se hizo imposible en Alemania, y escapó a Palestina, donde restableció el diálogo de la verdad y del amor en la cátedra de Filosofía social de la Universidad hebrea de Jerusalén. Buber dejó la cátedra en 1951, pero se hizo editor de la Enciclopedia Israelí de Educación, y fundó y aun dirige el Instituto para la educación de adultos. 36 años de lucha y pensamiento, de diálogo y compasión, no han quebrado la débil caña de la juventud de su espíritu.

Maestro y practicante de la filosofía dialogal; idea y acción que se funden en el uno singular de un ser humano; pensador que penetró en la sustancia del hombre del convulso siglo XX y le susurró la palabra de la convivencia, oculta como una semilla pequeñita en el diálogo existencial, que se cruza de palabras y de amor; hombre que habló con la naturaleza y con el arte y se enriqueció cuando la naturaleza y el arte le confiaron sus secretos, que habló con los hombres y se nutrió de respeto y de amor; hombre que dialogó con Dios y subió a las regiones donde su barba se tornó blanca, su mirada mística, y su porte profético. Ya conocéis a este hombre y ya solo me resta pedir mis excusas si encontráis aminorada su semblanza por la debilidad de mi palabra.